

## CUARTA PARTE

---

### I

Habían servido ya las servilletitas, y las damas, delicadamente, se enjugaban los dedos en ellas. Hubo un momento de silencio alrededor de la mesa. Madame Deberle lanzó una mirada, para ver si todo el mundo había acabado; después, se levantó sin hablar, en tanto que sus invitados la imitaban, con gran movimiento de sillas. Un señor anciano, que estaba á su derecha, se apresuró á ofrecerle el brazo.

—No, no,—dijo Julieta, conduciéndole hacia una puerta.—Vamos á tomar el café al saloncito.

Algunas parejas la siguieron. Al final iban dos damas y dos caballeros, que continuaban una conversación, sin pensar en unirse al desfile. Pero, en el saloncito, desapareció la tirantez y reapareció la alegría de los postres. El café estaba ya servido sobre un velador, en ancha bandeja de laca. Madame Deberle le dió la vuelta, con la buena gracia de un ama de casa que se preocupa por los diferentes gustos de sus convidados. En realidad, era Pau-



lina la que más se movía, y la que se reservaba el servir á los caballeros. Había una docena de personas, poco más ó menos el número reglamentario que invitaban los Deberle cada miércoles á partir de diciembre. Por la noche, á cosa de las diez, iba mucha gente.

—Monsieur Guiraud, una taza de café,—decía Paulina, parada frente á un hombrecillo calvo.—¡Ah! No, ya sé, usted no toma... Entonces, una copita de *chartreuse*?

Pero se embrollaba en el servicio, y le daba una copa de cognac. Y, sonriente, daba la vuelta en torno de los invitados, con su aplomo de costumbre, mirando á todo el mundo á los ojos, y circulando con soltura á pesar de su gran cola. Llevaba un soberbio vestido blanco de cachemira de la India, adornado de plumas de cisne, y abierto en cuadro en el escote. Cuando todos los hombres estuvieron en pie, con sendas tazas en la mano, y paladeando el café á pequeños sorbos, la doncella se acercó á un buen mozo, al Tissot hijo, á quien hallaba una hermosa cabeza.

Elena no había querido café. Se había sentado un poco separada, con cierto aspecto de cansancio; iba vestida con un traje de terciopelo negro, sin adornos, que la cubría severamente. En el saloncito se fumaba, y las cajas de cigarros estaban cerca de ella, en una consola. El doctor se acercó y cogió un cigarro, preguntando:

—¿Juana está bien?

—Muy bien,—respondió Elena.—Hemos ido hoy

al bosque de Bolonia, y ha jugado muchísimo. Debe de estar durmiendo á estas horas.

Los dos hablaban amigablemente, con la sonriente familiaridad de las personas que se ven todos los días. Pero de pronto se dejó oír la voz de madame Deberle:

—Mire usted, madame Grandjean podrá decirlo... ¿No es verdad que volví de Trouville hacia el diez de septiembre? Llovía, y la playa se había puesto insoportable.

Tres ó cuatro damas la rodeaban, en tanto que ella hablaba de su permanencia al borde del mar. Elena tuvo que levantarse y unirse al grupo.

—Nosotros pasamos un mes en Dinard,—refirió madame de Charmette.—¡Oh! ¡Un país delicioso, y una gente encantadora!

—Detrás del chalet había un jardín, además una terraza que daba al mar,—continuaba madame Deberle.—Ya saben ustedes que por fin me decidí á llevarme el *landau* y al cochero... Es mucho más cómodo para dar paseos... Pero madame Levasseur fué á vernos...

—Sí, un domingo,—dijo ésta.—Estábamos nosotros en Cabourg... ¡Oh! Tenía usted allí una instalación de primera; algo cara tengo entendido...

—A propósito,—interrumpió madame Berthier, dirigiéndose á Julieta.—¿No la ha enseñado á usted á nadar monsieur Malignon?

Observó Elena en el rostro de madame Deberle una turbación, una contrariedad súbitas. Ya varias veces había creído percatarse de que el nombre de Malignon, pronunciado de improviso delante de ella,



la enojaba. Pero la joven se había repuesto.

—¡Valiente nadador!—exclamó.—Como no le den lecciones á él... Yo tengo un miedo espantoso al agua fría... Sólo el ver gente que se baña me hace tiritar.

Y le dió un bonito repeluzno, que hizo subir sus hombros regordetes, como un pájaro mojado que se sacude.

—¿Entonces es cuento?—preguntó madame de Guiraud.

—Naturalmente. Apuesto cualquier cosa á que es él mismo el que lo ha inventado. No me puede ver desde que pasó allí un mes con nosotros.

La gente empezaba á llegar. Las damas, con sendos manojos de flores en la cabeza, y con los brazos al aire, sonreían con un balanceo de cabeza; los hombres, de frac, con el sombrero en la mano, se inclinaban, tratando de encontrar una frase. Madame Deberle, sin dejar de parlotear, tendía la yema de los dedos á los íntimos de la casa; y muchos no decían nada; se limitaban á saludar y pasaban.

Entretanto, acababa de entrar la señorita Aurelia. En seguida se quedó extasiada ante el traje de Julieta, un traje de terciopelo azul marino, adornado de *faulle*. Entonces las damas que se hallaban allí parecieron fijarse por primera vez en el vestido. ¡Oh! Delicioso, verdaderamente delicioso. Sálfa de casa de Worms. De él hablaron cinco minutos. Habíase terminado el café y los invitados habían depositado las vacías tazas en todas partes, en la bandeja, en las consolas; tan sólo el señor viejo no acababa nunca, deteniéndose á cada sorbo para ha-

blar con una dama. Un olor cálido, el aroma del café mezclado con los leves perfumes de los trajes, impregnaba el ambiente.

—Ya sabe usted que yo no he tomado nada,—dijo el Tissot hijo á Paulina, que le hablaba de un pintor á cuya casa la había llevado su padre para ver cuadros.

—¡Cómo! ¿No ha tomado usted nada? Le he dado á usted una taza de café.

—No, señorita, se lo aseguro á usted.

—Pues yo quiero absolutamente que tome usted algo... Espere usted. ¡Aquí hay *chartreuse*!

Madame Deberle había llamado discretamente á su marido con una seña de cabeza. El doctor comprendió; abrió por sí mismo la puerta del gran salón, y todos pasaron á él, en tanto que un criado se llevaba la bandeja. Hacía casi frío en la vasta pieza, que seis lámparas y una araña de diez bujías iluminaban con viva luz blanca. Ya había allí señoras, colocadas en círculo ante la chimenea. Sólo había dos ó tres hombres en pie en medio de las extendidas colas. Y por la puerta del salón resedá que había quedado abierta, se oía la voz aguda de Paulina, que había quedado sola con el Tissot hijo.

—Ahora que se lo he echado á usted... ¡Oh, tiene usted que bebérselo, no faltaba más! ¿Qué quiere usted que haga con él? Pedro se ha llevado ya la bandeja.

Después se la vió aparecer, completamente blanca, con su traje adornado de plumas de cisne. Anunció, con sonrisa que mostraba los dientes entre los frescos labios:



—Aquí está el bello Malignon.

Los apretones de manos y los saludos continuaban. M. Deberle se había colocado cerca de la puerta. Madame Deberle, sentada entre las damas en un *puf* muy bajo, se levantaba á cada instante. Al presentarse Malignon, afectó la dama volver la cabeza. El pollo estaba vestido con exquisita corrección, muy rizado, con el cabello separado por una raya que le bajaba hasta el pescuezo. En el dintel se había colocado un monóculo en el ojo derecho, con ligera mueca «llena de *chic*», como repetía Paulina; y paseaba sus miradas alrededor del salón. Indolentemente estrechó la mano del doctor, sin decirle nada, y después se adelantó hacia madame Deberle, ante la cual dobló su alta estatura, ceñidísima por el negro frac.

—¿Ah, es usted?—dijo ella de manera que la oyesen.—Parece que ya nada usted ahora.

Malignon no comprendió, pero no obstante respondió para *hacer ingenio*:

—Sin duda... Un día salvé á un terranova que se ahogaba.

A las damas les pareció esto encantador. La misma madame Deberle pareció desarmada.

—Le consiento á usted los terranova,—respondió.—Sólo que sabe usted muy bien que no me bañé ni una sola vez en Trouville.

—¡Ah! ¿La iección que le dí á usted?—exclamó el pollo.—Vamos á ver; ¿no es verdad que un día, en el comedor de esta casa, le dije á usted que había que mover los pies y las manos?

Todas las señoras se echaron á reír. Aquel hom-

bre era delicioso. Julieta se encogió de hombros. No se podía hablar en serio con él. Y se levantó para salir al encuentro de una señora que poseía gran talento de pianista, y que iba por primera vez á su casa. Elena, sentada junto al fuego, miraba y escuchaba con su hermosa calma. Malignon, sobre todo, parecía interesarla. Hábiale visto hacer una sabia evolución para acercarse á madame Deberle, á quien oía detrás de su sillón. De pronto las voces cambiaron. Elena se echó hacia atrás, con objeto de oír mejor. La voz de Malignon decía:

—¿Por qué no fué usted ayer? La esperé á usted hasta las seis.

—Déjeme usted; está usted loco,—decía en voz baja Julieta.

Entonces la voz de Malignon se elevó, tartajosa.

—¡Ah! ¿No cree usted lo que le digo de mi terranova? Pues me dieron una medalla, y se la enseñaré á usted.

Y añadió muy bajo:

—Me había usted prometido... Recuérdelo...

Llegaba una familia entera, y madame Deberle estalló en cumplidos, en tanto que Malignon volvía á presentarse en medio de las damas, con el monóculo en el ojo. Elena se quedó palidísima por aquellas palabras que acababa de sorprender.

Habían sido como un rayo para ella, algo de inesperado y de monstruoso. ¿Cómo aquella mujer tan feliz, de rostro tan tranquilo, de mejillas blancas y serenas, podía hacer traición á su marido? Siempre le había parecido tener los cascos á la jineta, con un



ribete de egoísmo amable que la preservaba contra las desazones de una tontería. ¡Y con un Malignon! Bruscamente, á la memoria de Elena se presentaron aquellas tardes del jardín, Julieta sonriente y afectuosa al recibir el beso con que el doctor rozaba sus cabellos. Y sin embargo se amaban. Entonces, por un sentimiento que no pudo explicarse, se sintió llena de cólera contra Julieta, como si ella misma hubiese sido engañada personalmente. Aquello la humillaba por Enrique, y un furor celoso la colmaba; su malestar se leía con tanta claridad en su semblante, que la señorita Aurelia le preguntó:

—¿Qué tiene usted? ¿Se siente usted mala?

La anciana señorita se había sentado junto á ella al verla sola. Mostrábale viva amistad, pues la entusiasmaba el modo complaciente con que aquella señora tan grave y tan hermosa escuchaba sus comadrerías por espacio de horas enteras.

Pero Elena no respondió. Sentía una gran necesidad; la de ver á Enrique, la de saber al instante lo que estaba haciendo, y qué rostro tenía. Se incorporó, le buscó con la vista por el salón, y acabó por encontrarlo. Hablaba en pie ante un hombre gordo y descolorido, y estaba muy tranquilo, con aire satisfecho, con su delicada sonrisa. Un momento le examinó Elena. Experimentaba por él una compasión que le rebajaba un poco, al mismo tiempo que le amaba más, con una ternura en la que entraba cierta idea vaga de protección. Su sentimiento, muy confuso aun, era el de que en aquel momento debía ella compensar en torno de él la dicha perdida.

—¡Bueno por Dios!—murmuraba la señorita Aurelia.—Nos vamos á divertir si se pone á cantar la hermana de madame de Guiraud... Es la décima vez que oigo las *Tortolillas*. No sabe otra cosa este invierno... Ya sabe usted que se ha separado de su marido. Mire usted á aquel caballero moreno, allí, junto á la puerta. Se llevan divinamente. Julieta se ve obligada á recibirle, porque si no ella no vendría tampoco...

—¡Ah!—dijo Elena.

Madame Deberle, vivamente, iba de grupo en grupo, rogando que se guardase silencio para oír á la hermana de madame de Guiraud. El salón se había llenado; una treintena de damas ocupaban el centro, sentadas, cuchicheando y riendo; dos, no obstante, permanecían en pie hablando más alto, con lindos movimientos de hombros, en tanto que cinco ó seis hombres, muy á sus anchas, parecían en su casa allí, como perdidos en medio de las faldas; corrieron algunos «chist» discretos, decayó el ruido de las voces, y los rostros adquirieron una expresión inmóvil y enojada; y ya no se sintió más que el rasgueo de los abanicos, en el aire cálido.

La hermana de madame de Guiraud cantaba, pero Elena no la oía. A la sazón estaba contemplando á Malignon, que parecía saborear las *Tortolillas*, afectando inmoderada afición á la música, ¿Era posible? ¿Con aquel pollo? Sin duda había sido en Trouville en donde habían jugado á algún juego peligroso. Las palabras sorprendidas por Elena parecían indicar que Julieta no había cedido aún, pero la caída parecía próxima. Ante ella, Ma-



lignon llevaba el compás con un balanceo de embeleso; madame Deberle mostraba una admiración complaciente, en tanto que el doctor se callaba paciente y amable, esperando el fin de la pieza para proseguir su palique con el hombre gordo y descolorido.

Oyéronse ligeros aplausos cuando terminó la cantante. Algunas voces decían pasmándose:

—¡Delicioso! ¡Arrebatador!

Pero el bello Malignon, alargando los brazos por cima de los tocados de las damas, aplaudía con los enguantados dedos, sin hacer ruido, y repitiendo «¡Brava! ¡Brava!», con voz cantante que dominaba á todas las demás.

En seguida terminó aquel entusiasmo; los distendidos rostros sonrieron y se levantaron algunas damas, en tanto que las conversaciones se reanudaban, en medio del consuelo general. Aumentaba el calor, y un perfume almizclado huía de los trajes bajo el azote de los abanicos. A ratos, entre el murmullo de las conversaciones, sonaba una risa perlina, y una palabra pronunciada en voz alta hacía volver las cabezas. Por tres veces había ido ya Julieta al saloncito, para suplicar á los hombres que se refugiaban en él que no dejaran solas á las señoras. Seguíanla ellos, y, á los diez minutos habían vuelto á desaparecer.

—Es insoportable,—decía la dama entre dientes con enojo.—No se puede retener á uno solo.

Entre tanto, la señorita Aurelia decía los nombres de las señoras á Elena, que era sólo la segunda vez que iba á las recepciones del doctor. Allí es-

taba toda la alta burguesía de Passy, gentes riquísimas. Después, inclinándose:

—Decididamente es cosa hecha... Madame de Chermette casa á su hija con aquel rubio alto con quien estuvo dieciocho meses... Por lo menos, será una suegra que quiera á su yerno.

Pero se interrumpió, llena de sorpresa.

—¡Toma! El marido de madame Levasseur hablando con el amante de su mujer! Sin embargo, Julieta había jurado no volver á recibirlos juntos.

Elena, con mirada lenta, recorría el salón entero. De modo que en aquel digno mundo, entre aquella burguesía de apariencia tan honrada; ¿no había sino mujeres culpables? Su rigorismo provinciano se asombraba por las promiscuaciones toleradas en la vida parisina. Y amargamente se censuraba por haber sufrido tanto cuando Julieta ponía la mano en la suya. ¡Qué tonta había sido al sentir semejantes escrúpulos! Allí el adulterio se aburguesaba de un modo sencillísimo, aguzado con una punta de refinamiento de coquetería. Madame Deberle ya parecía arreglada con Malignon; y pequeñina, arrellenando en un sillón sus redondeces de morenita indolente, se reía de las frases de ingenio que decía el pollo. M. Deberle pasó por delante de ellos.

—¿No os peleáis esta noche?—preguntó.

—No,—contestó Elena muy alegremente.—Dice demasiadas tonterías... Si vieras todas las majaderías que nos cuenta...

Volvieron á cantar. Pero el silencio fué mucho más difícil de conseguir. Era el Tissot hijo el que



cantaba un duo de la *Favorita* con una señora más que madura, peinada á lo niña. Paulina, en pie en una de las puertas, en medio de los negros fracs, contemplaba al cantor con aire de franca admiración, como había visto mirar las obras de arte.

—¡Oh, qué hermosa cabeza!—dejó escapar, durante una frase ahogada del acompañamiento; y lo dijo tan alto, que todo el salón la oyó.

Avanzaba la velada, y una especie de cansancio invadía los rostros. Algunas damas, sentadas en el mismo sillón desde hacía tres horas, tenían aspecto de inconsciente aburrimiento, y se sentían no obstante felices al aburrirse allí. Entre dos piezas, oídas como quien oye llover, volvían á empezar las conversaciones, y parecía que fuese la vacía sonoridad del piano la que continuaba. M. Letellier contaba que había ido á examinar un pedido de sedas á Lyon; las aguas del Saona no se mezclaban con las del Ródano, y esto le había sorprendido en gran manera. M. de Guiraud, magistrado, dejaba caer sentenciosas frases sobre la necesidad de poner un dique al vicio de París. Rodeábase á un señor que conocía á un chino y que daba de él mil detalles. Dos damas, en un rincón, cambiaban confidencias respecto á sus criados. Entre tanto, en el grupo de mujeres en que reinaba Malignon, hablaban de literatura; madame Tissot declaraba á Balzac ilegible; el pollo no decía que no; pero debía hacer constar que Balzac tenía, de vez en cuando, una página bien escrita.

—¡Un poco de silencio!—exclamó Paulina.—Van á tocar.

Era la pianista, la señora que tenía tan envidiable talento. Todas las cabezas se volvieron por cortesía. Pero, en medio del recogimiento, se oyeron gruesas voces de hombre discutiendo en el saloncito. Madame Deberle pareció desesperada. Sentía un pesar infinito.

—¡Oh! ¡Qué pesados son! ¡Que se queden en sus casas, si no quieren venir; pero por lo menos, que se callen.

Y envió á Paulina, que, encantada, corrió á desempeñar el encargo.

—¿Saben ustedes, señores? Van á tocar,—dijo, con su tranquila audacia de virgen, vestida de reira.—Se les suplica que se callen.

Hablaba muy alto, y tenía la voz penetrante. Y como se quedase allí, con los hombres, riendo y bromeando, el ruido se hizo mucho más fuerte. La discusión continuaba, y Paulina proporcionaba nuevos argumentos. En el salón, Julieta pasaba por un verdadero suplicio. Por otra parte, ya había habido bastante música, y todos se quedaron fríos. La pianista volvió á sentarse, con los labios fruncidos, á pesar de los cumplidos exagerados que la dueña de la casa creyó deber dirigirle.

Elena sufría. Enrique parecía no verla. No se había vuelto á acercar á ella. A ratos le sonreía desde lejos. Al comenzar la velada, la joven había experimentado cierto consuelo al hallarle tan razonable. Pero desde que conocía la historia de los otros dos, hubiera deseado cualquier cosa, no sabía qué, una muestra de ternura, aun á riesgo de quedar comprometida. Agitábala un deseo confu-



so, mezclado á toda suerte de malos sentimientos. ¿Acaso no la amaba ya, que estaba tan indiferente? De seguro que hacía de necesidad virtud. ¡Ah! Si ella hubiera podido decírsele todo, hacerle ver la indignidad de aquella mujer que llevaba su nombre! Entonces, en tanto que el piano desgranaba gamas vivísimas, la arrullaba un sueño; Enrique había arrojado á Julieta, y ella estaba con él como su esposa, en países lejanos cuya lengua ignoraban.

Una voz la hizo estremecerse.

—¿No toma usted nada?—preguntaba Paulina.

El salón estaba vacío. Acababan de pasar todos al comedor para tomar el thé. Elena se levantó penosamente. Todo se aturrullaba en su cerebro. Pensaba que lo había soñado todo, las palabras que había oído, la caída próxima de Julieta, el adulterio casero, sonriente y apacible. Si aquellas cosas fuesen verdad, Enrique estaría cerca de ella, y ambos habrían abandonado ya aquella casa.

—¿No quiere usted tomar una taza de thé?

Sonrió y dió las gracias á madame Deberle, que le había reservado un puesto en la mesa. Bandejas de dulces cubrían el mantel, y un gran brioche y dos pasteles se elevaban simétricamente en unos fruteros; y como faltaba espacio, las tazas de thé se tocaban casi, separadas de dos en dos por estrechas servilletas grises, de largas franjas. Sólo las señoras estaban sentadas. Comían con la punta de los deditos desenguantados pastelillos y frutas en dulce, alargándose unas á otras las fuentes de crema, y sirviéndose ellas mismas con delicados ademanes. Tres ó cuatro, no obstante, se habían senti-

do abnegadas y servían á los hombres. Estos, á lo largo de las paredes, bebían, tomando toda clase de precauciones para preservarse de involuntarios codazos. Otros, que se habían quedado en los dos salones, esperaban que los pasteles fuesen á ellos. Era la hora en que triunfaba Paulina. Hablábase más fuerte, sonaban cristalinos ruidos de argentería, y el olor á almizcle se caldeaba más aun con los penetrantes aromas del thé.

—Hágame usted el favor de darme el brioche,—dijo la señorita Aurelia, que se encontraba precisamente al lado de Elena.—Todos esos otros dulces son poco serios.

Había vaciado ya dos platos. Después, con la boca llena:

—Ya se va todo el mundo,—dijo.—Ahora estaremos á gusto.

Las damas se iban efectivamente, después de haber estrechado la mano á madame Deberle. Muchos hombres habían partido discretamente. La habitación se vaciaba. Entonces, algunos señores se sentaron á su vez á la mesa. Pero la señorita Aurelia no dejó su sitio. Habría deseado un vaso de ponche.

—Voy por uno,—dijo Elena levantándose.

—¡Oh! no, gracias. No se moleste usted.

Hacía un instante que Elena vigilaba á Malignon. Este había ido á dar un apretón de manos al doctor, y estaba saludando á Julieta, en el dintel de la puerta. Madame Deberle tenía el rostro blanco y los ojos claros, y, á juzgar por su sonrisa de complacencia, se hubiera creído que él la felicitaba por



la velada. Al echar Pedro el ponche, sobre un aparador cerca de la puerta, Elena se adelantó y maniobró de forma que se hallara oculta detrás del repliegue de la antepuerta. Escuchó.

—Se lo ruego á usted,—decía Malignon.—Vaya usted pasado mañana... La esperaré á usted á las tres...

—¿No puede usted hablar con seriedad un momento?—respondió riendo madame Deberle.—¡Cuántas tonterías dice usted!

Pero él insistía, sin cesar de repetir:

—La esperaré... Vaya usted pasado mañana... ¿Sabe usted dónde?

Entonces, rápidamente, murmuró Julieta:

—Pues bien, sí; pasado mañana,

Malignon se inclinó y partió. Madame de Chermette se retiraba con madame Tissot. Julieta, alegremente, las acompañó hasta la antesala, diciendo á la primera, con el tono más amable:

—Iré á ver á usted pasado mañana. Ese día tengo que hacer infinidad de visitas.

Elena se había quedado inmóvil, palidísima. Entre tanto, Pedro, que había servido el ponche, le presentaba el vaso. Tomólo la joven maquinalmente, y se lo llevó á la señorita Aurelia, que atacaba á las frutas en dulce.

—¡Oh, es usted muy amable!—exclamó la solterona.—Hubiera llamado á Pedro... ¿Ve usted? Hacen mal en no ofrecer ponche á las señoras... Cuando se tiene mi edad...

Pero se interrumpió, observando la palidez de Elena.

—Está usted mala, sí... Tome usted un vasito de ponche.

—Gracias, no es nada... El calor es tan fuerte...

Vacilaba, y volvió al salón desierto, donde se dejó caer sobre un sillón. Las lámparas ardían con resplandor rojizo; las bujías de la araña, muy gastadas, amenazaban con hacer estallar las arandelas. Del comedor se oían llegar los adioses de los últimos invitados. Elena había olvidado aquella partida, y quería quedarse allí para reflexionar. De modo que no era un sueño; Julieta iría á casa de aquel hombre. Pasado mañana; sabía el día. ¡Oh! no se reprimiría más; este era el grito que oía en su interior. Después pensó que su deber era hablar á Julieta, evitarle la falta. Pero este buen pensamiento la helaba, y lo descartaba como importuno. En la chimenea, que Elena contemplaba fijamente, chisporroteaba un tronco casi extinguido. El aire pesado y durmiente conservaba el olor de las cabelleras.

—¡Toma! ¿Está usted ahí?—exclamó Julieta al entrar.—¡Ah! Ha hecho usted muy bien en no marcharse en seguida. ¡Por fin se respira!

Y como Elena, sorprendida, hiciera ademán de levantarse:

—Espere usted, nada le urge... Enrique, dame mi frasquito.

Tres ó cuatro personas, los íntimos, se habían quedado. Sentáronse ante el apagado fuego, y se habló con indolencia encantadora, en el cansancio adormecido ya de la gran estancia. Las puertas estaban abiertas, y se veía el saloncito pequeño vacío, el comedor vacío, y toda la casa iluminada aún



y sumida en pesado silencio. Enrique se mostraba tiernamente galante con su esposa; acababa de subir á tomar de su alcoba el pomo que Julieta aspiraba cerrando lentamente los ojos; y le preguntaba si estaba demasiado fatigada. Sí; Julieta sentía algo de fatiga; pero estaba contentísima, pues todo había salido bien. Entonces contó que, las noches de recepción, no podía dormirse, y se agitaba en el lecho hasta las seis de la mañana. Enrique sonrió, y los demás bromearon. Elena les contemplaba y se estremecía, en aquel aletargamiento de sueño que parecía invadir poco á poco la casa entera.

Entre tanto, ya no quedaban allí más que dos personas. Pedro había ido por un coche. Elena se quedaba la última. Dió la una. Enrique, sin preocuparse más, se irguió y apagó dos bujías de la araña que calentaban las arandelas. Hubiérase dicho que, apagadas las luces una por una, la estancia se anegaba en una sombra de alcoba.

—Les impido á ustedes que se acuesten,—balbuceó Elena levantándose bruscamente.—Despídanme ustedes.

Se había puesto muy colorada, y la sangre la ahogaba. Ambos la acompañaron hasta la antesala. Pero allí, como hacía frío, el doctor se inquietó por su esposa, cuyo cuerpo estaba muy escotado.

—Entra, que cogerás frío... Tienes demasiado calor.

—Pues bien, adiós,—dijo Julieta, que besó á Elena, como le solía suceder en sus momentos de ternura.—Venga usted á verme más á menudo.

Enrique había cogido el abrigo de pieles, y lo

sostenía, para ayudar á Elena. Cuando ésta hubo metido los dos brazos, el doctor le subió el cuello, vistiéndola así con una sonrisa, delante de un espejo inmenso que cubría la pared de la antesala. Estaban solos, y se veían en el espejo. Entonces, de repente, sin volverse, y arropada con el abrigo, Elena se echó hacia atrás en brazos de Enrique. Desde hacía tres meses no habían cambiado más que apretones de manos amistosos; querían no amarse más. El cesó de sonreír; su rostro cambiaba, ardiente é hinchado. La estrechó locamente, y la besó en el cuello. Y Elena echó la cabeza hacia atrás para devolverle el beso.